

# «Cuento las lágrimas de mi pueblo»

📖 Nochebuena en la selva

ARISTÓTELES MORENO

Domingo, 21-06-09

**Juan José Aguirre** \_ Obispo de Bangassou

Monseñor calza sandalias y viste camisa de cuadros. Vive doscientos días al año en una cabaña de paja y barro, dormita sobre un camastro de ramas y se asea con agua de una cubeta. Monseñor ha visto a mucha gente morir a balazos y ha tenido que recoger la masa encefálica de un ser querido para evacuarla por el sumidero. Monseñor vive a 750 kilómetros del primer teléfono y el día en que aterrizó en Bangassou, hace ya 29 años, un sacerdote se le acercó a la salida de la Iglesia y le dijo: «Allí, debajo del árbol, hay unas personas que quieren saludarlo. No tenga miedo, ni sienta asco. Tienen lepra». «En ese momento», continúa Juan José Aguirre, «empecé a contar las lágrimas de mi pueblo».

-¿La obligación de un sacerdote es curar el dolor?

-La obligación de un sacerdote es lavar los pies de los pobres. Estar con los enfermos, sentarte con el que llora y hacer fácil la vida de la gente. Fuera de los pobres estás fuera del Evangelio. Juan José Aguirre Muñoz (Córdoba, 1954) emprendió su camino como misionero de la mano de los combonianos, cuando apenas contaba con 17 años de edad. Criado en El Brillante, cuando este incipiente barrio aún era un puñado de casitas, y ligado desde niño al colegio de La Salle, fue la lectura de San Marcos quien lo empujó a la vida religiosa. «Tomé la decisión de lanzarme al vacío. Yo no tenía ni idea de dónde me metía», admite este obispo cordobés, tercero de una familia de nueve hermanos y único religioso entre ellos.

Tras una estancia de dos años en Valencia, fue destinado al corazón de África cuando aún sólo tenía 26 años de edad. Bangassou es un departamento de República Centroafricana de extensión similar a Andalucía pero apenas 500.000 personas de población. La pobreza y las enfermedades son la moneda corriente de un pueblo cuya esperanza de vida no sobrepasa los 39 años.

-¿Ha sentido vértigo?

-He sentido miedo. He pasado muchos momentos de guerrilla, con gente violenta, y he visto morir a muchas personas. Son momentos que te hacen temblar. Pero lo esencial es amar y ser amado. Y yo me he sentido muy querido aquí. África me ha hecho diferente.

-¿Ha dudado?

-No. Nunca. Una vez que te lanzas al vacío y encuentras el camino no se duda.

-¿Ha perdido la esperanza?

-Pierdes la fe en la humanidad. Cuando ves a una persona con una metralleta matando a niños con esa frialdad, te preguntas: ¿y este hombre de qué está hecho?

-¿Ese hombre también es hijo de Dios?

-Es hijo de Dios, pero la imagen de Dios se ha roto en mil pedazos. Llegará un día en que se dará cuenta y todas sus fechorías se volverán como un boomerang.

Lo esencial

Monseñor Aguirre abre la puerta de la casa de su madre, una vivienda modesta junto al Rectorado, donde se aloja cada vez que viaja a España. Habla como acariciando las palabras, con un tono susurrante y frágil, mientras enumera con fruición los proyectos que ha puesto en marcha en Bangassou: el centro de acogida de las ancianas dementes, que son tratadas como brujas y despreciadas por la gente; las operaciones de cataratas; los esfuerzos por mejorar las condiciones de vida; la lucha sin cuartel contra el sida; la evangelización.

-¿Qué le ha enseñado África?

-A saber distinguir lo esencial de lo epidérmico.

-¿Es usted más obispo o más misionero?

-La vida misionera tiene dos caras. La primera palabra es la evangelización. La segunda, la promoción humana. Los proyectos son tan necesarios porque a alguien con el estómago vacío o que se muere de sida el Evangelio le resbala.

-¿Para qué sirve el báculo en medio de tanta miseria?

-Es el símbolo de que eres obispo.

-¿Lo usa?

-En contadas ocasiones. Cuando entro con la mitra en las capillas hay niños que se ponen a llorar.

-¿El preservativo extiende el sida?

-El 17% de la población está contaminada. Eso es una masacre, un genocidio silencioso. Hemos hablado de la fidelidad y de la abstinencia, y hemos dado el preservativo a muchas personas. Trabajamos con miles de personas que no son católicas y hay parejas, con uno de ellos contaminado, a las que le hemos aconsejado usar el preservativo para evitar el sida.

-Eso choca con la doctrina de la Iglesia.

-Allí donde vivimos no. Cualquier método para evitar el contagio es bueno. Es de cajón, esencial. Es de sentido común. Los misioneros no entramos en la polémica sino que vemos que nuestra gente se está muriendo. ¿Qué podemos hacer?

-¿Qué es lo que ve en Europa?

-Mucho desperdicio y mucho consumismo. Y vemos cierta tristeza que se tiene aunque se posean muchas cosas. Las cosas no llenan; llena la espiritualidad.

-¿En qué hay que tener fe?

-En la capacidad de fraternidad de los seres humanos. En que el mundo del norte tenderá la mano al mundo del sur. En que vamos a vivir de forma más austera para poder salvar la Tierra.

-¿Se siente ecologista?

-Nunca me lo he preguntado. Pero vivo y respiro en la naturaleza. La respeto. Por las mañanas, pondrá usted el despertador. Yo me despierto con los pájaros.

-¿Qué es el infierno?

-... pues no lo sé.

-¿El infierno está en la Tierra?

-Hay muchas personas que sufren. Y hay muchas que son capaces de transformar ese sentimiento en una experiencia de renovación interior.

-¿Le tienta el Vaticano?

-De ninguna manera. Sé que ellos tienen un rol muy específico. Pero yo no siento vocación de estar allí. Me sentiría aprisionado.

-¿Tiene algún reproche para el Vaticano?

-Me gustaría que los dirigentes de mi Iglesia, que yo amo profundamente, tuvieran la ocasión de pasar por África, pudieran poner los pies en la tierra y darse cuenta de lo mucho que sufren los pobres. Que se pongan al lado del pueblo y que cuenten sus lágrimas.

-¿La verdadera Iglesia está en Roma?

-La Iglesia es poliédrica. Tomos somos Iglesia y cada uno tiene su vocación.

-¿Hacia dónde va el mundo?

-El mundo del consumo a ultranza va a pegarse contra un muro. El mundo que lucha por sobrevivir con menos de un dólar al día tiene muchas metas por delante.

-¿La opulencia es pecado?

-Jesús reprochó al rico Epulón que no se acordaba del pobre Lázaro. La opulencia tiene una gran sombra de pecado.

Monseñor Aguirre lleva alrededor del cuello una cruz blanca de marfil, regalo de sus catequistas africanos hace más de 20 años. ¿Volverá? «No. Yo moriré en África. Con mi gente».

ABC